

LA BESTIA

Desde mi ventana, en los años lejanos del óxido y la miseria, cuando los sueños arrastraban consigo presentes apenas intuidos, solo era visible una aberrante composición de tuberías sudando excrecencias oscuras, miríadas de chimeneas vomitando muerte a una bóveda de nubes bajas y humareda ferruginosa, y racimos de chabolas erigidas con paciencia y nostalgia por desheredados de otras tierras, impacientes buscadores de fortuna en el país del acero y los buques titánicos, en las orillas mugrientas de una ría que escupía, ante nuestros ojos infantiles, residuos y abandono a la inalcanzable lejanía de dos kilómetros más allá.

Allí, en aquel erial atestado de chatarra, nuestras mentes infantiles no se excitaban con las llamaradas perennes del horno alto, ni con la titánica sencillez de las garzas aceradas que cubrían el expuesto costillar de futuros paquebotes, sino con el estruendo que precedía la llegada del tren. Aquella decrepita serpiente que, con puntual pereza, arrojaba en La Iberia el consabido ejército de trabajadores somnolientos era, para los desarrapados haraganes que inventábamos excusas inverosímiles con que sustraer unas horas a la escuela, el punto de reunión, el origen de nuestros juegos, ensoñaciones y desafíos. Su rugido madrugador, pocos metros bajo el lecho que compartía con mi hermano, me acompañaba en el frugal desayuno, tan familiar como los gruñidos impacientes de mi madre, como el hedor etílico de mi padre. Su silueta brillante, lombriz rectilínea que desafiaba altiva el gris paisaje de la niñez, surcaba mi imaginación las horas que perdía fingiendo atender a un maestro que fingía enseñar. El brillo de sus faros ardientes, la explosión de claridad que inundaba las noches lluviosas, tristes, en que nos abandonábamos al aburrimiento, arrastraba consigo promesas intuidas, retazos de paisajes

lejanos y míticos, lugares apenas vislumbrados en labios de los adultos: Santurce, Luchana, Bilbao...

Fue en el tren donde le conocimos. Era uno de esos días, extraños por escasos, en que el sol castigaba con furia nuestras cabezas descubiertas, deslumbraba en las tuberías gastadas de la acería, rebotaba hiriente en grúas y barandillas, y volaba fugaz ante nuestros ojos, preso en los cristales empolvados de los convoyes. Como cada mediodía, formamos nuestro pelotón de combate a lo largo de la vía, esperando a la Bestia con la munición preparada. La Bestia cruzaba varias veces al día ante nuestras narices húmedas, repleta de bobinas de cobre y cinc, contenedores rotulados en idiomas ininteligibles, grasientos vagones cisterna, y un sinfín de mercancías inexplicables que trasladaba con exasperante lentitud desde el puerto hasta lugares demasiado alejados a nuestra breve imaginación. Su bramido de furia hería nuestros tímpanos infantiles y, a su paso, los cristales de nuestras ventanas temblaban de miedo, tanto como nosotros de emoción.

Aquel día la Bestia era más larga. Desfiló antes nuestras miradas regocijadas durante tal vez tres minutos completos, recibiendo en su flanco inerme decenas de pedradas, agresiones ingenuas festejadas con grandes carcajadas. Tras su paso, quedó la sensación de tierra aún vibrante, y una polvareda etérea, calor transparente nacido en el bosque de raíles. Detrás, estaba él.

Le observamos en completo, estupefacto silencio. Era un muchacho de nuestra edad, sucio, descalzo y harapiento, cubierto tan solo de una camisa andrajosa, demasiado grande para su escuálido cuerpo. Nos miró extraño, asustado, y nosotros le contemplamos incrédulos.

Era negro.

Sabíamos que existía gente negra, por supuesto. En algún lugar de sus explicaciones indiferentes, el profesor debía haberlo mencionado sin que apenas fuéramos conscientes de ello. Y, apelotonados en el sucio ultramarinos de la María, simulando buscar entre las manidas golosinas que buceaban pegajosas al fondo de unas peceras antaño transparentes, pero pendientes del milagro bidimensional que iluminaba la trastienda, habíamos tenido ocasión de comprender que en el fondo de la pantalla vivían personajes diferentes a nosotros. Había mujeres de vestidos largos y hombros descubiertos, señores extraños de colmillos puntiagudos que sobresalían bajo los labios, y también había negros. Pero ver uno ahí, solo y asustado, confrontándonos con la profundidad de sus ojos enormes, los brazos lacios al costado, la pilila descubierta bajo la camisa desabrochada, se nos antojó algo sobrenatural.

Nuestras madres reaccionaron como cabía esperar en esas matronas antiguas, gobernantes de hogares infernales donde seis u ocho hijos lloraban, maldecían, gemían y peleaban cada día, se apelotonaban en habitáculos de treinta metros cuadrados o dormían en los exiguos balcones construidos por los ricos para sus asalariados. Como orondas gallinas orgullosas, adoptaron al infante abandonado en un seno de materna solidaridad, lo introdujeron a fuerza de besos y cariño en nuestro mundo, y la muda aparición de pelo de estropajo pasó a formar parte de la gran familia que en aquellos años de pobreza y emigración forzada constituía el barrio.

Fue inevitable que le apodáramos el “conguito”. Por un lado, los manidos paquetes de cacahuete con chocolate que la María intentaba sustraer al continuo asedio de

los roedores dibujaban la única imagen conocida de un niño negro. Pero no dudo que había otro motivo más profundo, más claro, más real: éramos crueles.

Él era diferente. Con el tiempo, con el transcurrir lento, monótono, de las horas en el plomizo verano, pudimos comprobar con sorpresa que aquel pequeño diablo azabache, reflejo vivo de remotas pesadillas goyescas, carecía por completo de maldad. Su sonrisa, esa blancura perlada, era sincera, radiante. La candidez de sus ojos enormes asustaba de pura sencillez. Nunca se quejó por nuestras humillaciones, por su mote vejatorio, por ser acusado injustamente de nuestras trastadas, por ser marginado en los esporádicos repartos de trofeos cazados ante el descuido o la indiferencia de viejas inválidas o niños más débiles que nosotros.

Su presencia en ese círculo cerrado donde solidaridad y delincuencia esbozada se daban la mano mudas, esquivas, comenzó a constituir un problema apenas comprendimos que había llegado para quedarse. Repartido y compartido por quincenas en diferentes hogares de subsistencia, el “conguito” recibía las dádivas y caricias que nosotros, adolescentes precoces o mocosos prepotentes, rechazábamos con desprecio. Era rara la casa de la que no salía con una camisa nueva, unos calzoncillos reconstruidos con lejía y esfuerzo, unas zapatillas rescatadas al basurero o regateadas una y mil veces en el mercadillo. Era rara la merienda que no terminaba con un dulce o una onza de chocolate, lujos prohibitivos ocultos por generaciones en las más altas alacenas de las cocinas.

Pero eso no era lo peor. No. Lo peor eran sus esfuerzos por integrarse. Vetado por una lengua ininteligible, marcado por el color antinatural de su piel apergaminada, volcaba hacia nosotros un afecto asfixiante, una devoción ilógica, irracional en un ser diferente, en un hijo de nadie. Ajeno a todo, a nuestro desprecio, a nuestras envidias e

inseguridades, insistía en compartir las chocolatinas fruto de su ayuda siempre presta en las incesantes labores domésticas; participaba obstinado tanto en las jugarretas gastadas a escondidas a los malhumorados adultos, como en los castigos que sucedían a las cada vez menos inocentes travesuras.

El verano moría, languidecía sucio en brazos de un horizonte plomizo, mecenas de galernas y polvo en suspensión. Los días se acortaban veloces, pasaban ante nuestros calendarios como el tren eterno ante nuestras ventanas, fugaces, apenas el brillo de un amanecer, y ya la cola de la noche nos sorprendía con su temprana llegada. Los pocos afortunados que, por breves semanas, habían atestado sus seiscientos y sus simca mil con los cachivaches vacacionales, regresaban marchitos al buzo y la chimenea. Las clases amenazaban nuestra paz con su eclosión inminente, y las nubes colapsaban, día sí, día también, la venenosa evaporación de las toxinas en una atmósfera tan irrespirable como de costumbre.

Llovía. Aquel atardecer inolvidable, bajo la incestuosa orgía de humo y neblina, tristes parideras de un líquido sucio, perdí horas acodado sobre una barandilla de frágil equilibrio, reflexionando con la seriedad de mis escasos diez años sobre el pasado y el futuro, sobre nosotros, sobre mí. Me esforzaba en recordar, en retomar cada acción aventurada de nuestro grupo de truhanes, cada asalto a la casa del rico, cada hurto invisible a la vieja María. Era en vano. Una sombra sonriente sobrevolaba cada escena, cada fotograma retocado por mi imaginación frustrada, acaparaba el protagonismo y recibía elogios y admiración de la pandilla incontrolable que, pretendidamente, yo lideraba. El “conguito” se labraba un sitio entre nosotros, ocupaba un lugar que me estaba destinado. Apreté los puños. Apreté los dientes. No podía permitirlo.

Esperaban, las botas hundidas en el barro, los cabellos empapados, a la vera de las vías. Allí acostumbrábamos a encontrarnos cada tarde, antes del regreso desganado al calor maloliente de nuestros hogares. Y allí mismo planteé el último reto, el desafío que había de encumbrarme, estaba seguro, al fingido pedestal del que parecían desplazarme. Apedrearíamos el tren, sí. Pero esta vez, añadí, lo haríamos de frente.

Percibí la duda, el miedo en sus rostros. Se hizo el silencio. Nadie me secundó, pero nadie se atrevió a llamarme loco. Siguieron allí, contemplándome con ojos desorbitados, dejando que la llovizna penetrara en sus poros inmóviles, acobardados, protegidos por la oscuridad de una tarde marchita.

Ocultando una sonrisa envenenada, me alejé satisfecho del grupo y esperé, las piernas muy abiertas, los brazos en jarras, la aparición del tren.

No tardé en sentir la leve vibración de las traviesas. El rumor lejano de la locomotora se impuso al traqueteo del horno alto, al murmullo de la lluvia sobre la capucha de plástico, al castaño invisible de mis dientes. A lo lejos, el perfil de un cercanías dobló la curva y avanzó a toda velocidad hacia donde, temblando, aterrado, esperaba con una piedra en ristre.

Por un segundo creí que no podría moverme. Por un segundo me vi incapaz de lanzarla y apartarme, incapaz de reaccionar, víctima merecida de mi propia imprudencia, de mi prepotencia. Un silbido voló desde la máquina, perforó mis tímpanos y me arrancó de aquel letargo infinitesimal. Con un grito de pánico lancé el pedrusco, que rodó lastimero sobre el barro, y me retiré mucho antes del paso del convoy ante nuestros ojos.

No se rieron. No improvisaron los chistes necios, sin gusto, que yo mismo hubiera desgranado con maligno placer ante semejante demostración de cobardía. No. Pronto comprendí que el tenue reflejo de sus ojos húmedos era algo semejante a la admiración.

Orgullosa, recogí del suelo una piedra lo suficientemente pesada y, sin una palabra, se la tendí al “conguito”.

Nunca olvidaré el silencio. Porque aquellos minutos, quizá diez, quizá veinte, que aguardamos empapándonos despacio bajo un cielo que lloraba sin ruido, fueron los más callados, los más tensos de mi vida. La fragua automática, los obreros que pululaban sin descanso entre el fuego y el metal líquido, las matronas que vociferaban avisos y amenazas desde los balcones, el tráfico pesado que martirizaba la lejana carretera... todos ellos desaparecieron, se perdieron en la humedad eléctrica de la espera.

Por fin, el sonido. El brillo de la seguridad afloró a los ojos del “conguito” que, con calma, se plantó en el centro de la vía. Abiertas las piernas, los brazos en jarras, recortaba mi propia imagen sobre un espejo de grises y negros. Contuve el primer impulso; correr, alejarlo de aquella locura, infantil prueba de hombría para niños recién formados, y permanecí frío, expectante, mientras el estruendo mecánico aumentaba y una silueta sombría, una mole temida y admirada, tomaba forma tras la curva de La Iberia.

Era la Bestia. Todos reconocimos su profundo bramido, el golpear sonoro de sus toneladas de chatarra y contenedores sobre los raíles, el gemido furioso, el poder oculto de una locomotora capaz de arrastrar decenas de vagones. Me tranquilicé. La Bestia corría menos que los cercanías. Con un gesto de desprecio señalé a mi antagonista y grité sobre el fragor del tren “¡Lo tienes chupado!. ¡Más te vale acertar!”.

La Bestia se aproximaba. El suelo, nosotros mismos nos estremecíamos a su paso arrollador. Su único ojo brillaba furioso, barría el haz de lluvia que le rodeaba a la velocidad de sus caballos desbocados. Su garganta, el grito alarmado de su bocina nos alcanzó súbito, inesperado. La Bestia venía rápida. Demasiado rápida.

El “conguito” aguantó lo que pudo. Más, mucho más de lo que yo me había atrevido diez, veinte minutos antes. Más aún de lo que la prudencia, el sentido común, hubieran aconsejado. Paralizados, atenazados por un terror salvaje que ascendió raudo por nuestras espinas dorsales, grabamos para siempre la escena, el enfrentamiento heroico de aquel minúsculo niño de cuento de hadas con la encarnación de nuestras pesadillas. Firme la mirada, ignorando el temblor agónico de las traviesas, el gemido gutural de la bocina, nuestros gestos desesperados, alzó el brazo sobre la cabeza, apuntó, y lanzó el inocente proyectil. Se escuchó un golpe, cristales salpicando, y la oscuridad nos envolvió. El rugido de La Bestia, cegada, enrabiada, penetró en nuestros cerebros aturdidos, y tras su paso tan solo quedó el vacío, el silencio, y esas manchas de sangre que nunca logramos arrancar de nuestro corazones.

FIN

Autor: Javier Diez Carmona